

Rafa Fernández: fin de un complejo de inferioridad

Estamos en una galería. Los cuadros de Rafa Fernández se mezclan indiscriminadamente con algunos de Quico Quirós. Los muros grises y los ascascielos de Nueva York se convierten en mujeres sombrías y de altísimos tocados.

Rafa está nervioso. En este momento se está decidiendo la venta de una de sus obras. Sorbe café mientras me dice que acaba de volver de Venezuela, donde pintó un mural para el museo vial renovable Rafael Bogarín.

Además obras suyas se exponen y se venden en Miami Beach, y está preparado para fin de año una gran exhibición en Arizona.

Su viaje a Venezuela le dio conciencia de artista latinoamericano. Su pintura es tan conocida en el extranjero como podría serlo en su propia tierra. Rafa Fernández determina el fin de uno de los grandes complejos de inferioridad del arte costarricense.

En la galería sus cuadros aún se ven mezclados con paisajes, memorias sobre la tela que recuerdan a Quico Quirós y al resto de los pioneros que le dieron forma a una pintura costarricense y la posibilidad de Rafa Fernández de bajar al abismo.

Artista latinoamericano

En 1974 Fernández había hecho un mural, en la clínica Marcial Fallas, Desamparados, de un tamaño de 45 metros por dos y medio. Por la fuerte inversión económica que entraña cualquier proyecto de ese tipo, le fue imposible pintar de nuevo en esa forma.

Sin embargo, en 1981 Rafael Bogarín, artista venezolano a quien ya conocía bien, lo invitó a ser fundador del primer museo vial del mundo.

La oportunidad no sólo significaba tener a su entera disposición cuatro metros de ancho por dos de largo para imprimir su firma en una exposición única en su género, sino también era el encuentro con algunos de los pintores más importantes de América Latina, Estados Unidos y Europa. Y significaba que él también formaba parte de aquel grupo.

Por 12 días consecutivos y un total de 144 horas, estuvo el artista costarricense construyendo su "Ritual".

Todas las pinturas utilizadas eran de piroxilina, sustancia que le permite sobrevivir a la capa pictórica, protegiéndola contra las inclemencias del tiempo.

Esto ya significó un gran reto para Fernández, que nunca había trabajado con un tipo de pintura tan densa, a la que era necesario adelgazar constantemente.

Muchas veces tuvo que trabajar bajo el más intenso sol o incluso a pesar de la lluvia, sin que por ello la sustancia utilizada perdiera consistencia alguna, pues la piroxilina seca casi de inmediato.

"La presión era terrible", dice ya que estaban sobre tiempo y porque sólo se disponía de ocho colores básicos, y el artista tenía que poseer un gran sentido de la investigación para realizar combinaciones y lograr los tonos adecuados.

"Había que irse acomodando a las dificultades sobre la marcha", agrega.

La realización del mural significó para el pintor un gran enriquecimiento, un gran taller y un reto como artista.

Fernández explica que todos los artistas que participaron en el proyecto son extraordinariamente destacados y cotiza-



Las pinturas de Fernández se dirigen a la espiritualidad. El hombre y su autor las califica de "poesía de la decadencia".



La experiencia del pintor en Venezuela le dio conciencia de artista latinoamericano.

dos con el mundo y de ahí el sentido competitivo de la tarea, que obligaba a cada uno a superarse cada vez más. "Cualquier problema tenía que resolverse, inventarse la capacidad, porque ahí cualquier obra mala se notaría mucho".

"Al tercer día ya estaba manejando la técnica perfectamente", cuenta Rafa. Esto le permitió desenvolverse a gusto dentro de su estilo y lograr yuxtaposiciones que hicieran que los colores "quedaran respirando", a la vista, de modo que pudiera percibirse el segundo sobre el primero, el tercero sobre el segundo.

"Al llegar a los talleres ya teníamos experiencia de cómo se iban a visualizar los cuadros", porque varios artistas venezolanos se habían adelantado al resto del grupo y ya terminaban su mural.

"A la distancia los cuadros se opacaban o se agrandaban", explica Rafa. Esta impresión hizo que el costarricense tuviera que variar totalmente el proyecto primitivo de su mural.

El museo vial renovable Rafael Bogarín se extiende a lo largo de 165 kilómetros de carretera, entre ciudad Bolívar y la población El Tigre. Es una recta situada en una planicie de explotaciones petrolíficas e incursiones guerrilleras, que por la ausencia de relieve recibe el nombre de "La mesa de Guanipa".

En ruta hacia El Tigre, el automovilista tiene un museo a su mano derecha. Por medio de un orden que corresponde alfabéticamente con los apellidos de los artistas, los murales van apareciendo precedidos por un cartel con el nombre completo del autor y su lugar de procedencia.

Tomando en cuenta estas características, Rafa rediseñó su proyecto, "buscando romper el espacio y lograr que el espectador se introdujera en la atmósfera onírica, transparente, hecha de tonos claros".

Se trataba de producir peso dentro del espacio, para que se impregnara de fuerza el cuadro. Pensó que la única manera de hacerlo era con colores muy fuertes, cálidos, que permitieran darle una dimensión extraordinaria al diseño. Fue cuando decidió producir una zona naranja que permitiera vislumbrar algo más allá.

El costarricense dice que cumplió su objetivo totalmente, pues cualquier persona que vea la obra va a decir "Este es un Rafa Fernández", ya que es una perfecta representación de toda la trayectoria y evolución de su arte.

"Quedé muy satisfecho al verla montada". Además generó muchos comentarios y muestras de admiración entre el resto del grupo, quienes habían sufrido las mismas congojas y la presión por solucionarlas a tiempo y sin que nadie se diera cuenta.

Pasa a la pág. 3



La obra de Rafa Fernández, sin dejar de ser costarricense, trasciende las fronteras del arte nacional.



Rafa Fernández (en el centro), rodeado de algunos de los otros participantes en el museo vial renovable Rafael Bogarín, después de haber concluido su mural "Ritual", al fondo.

Viene de la 1era. pág. ANCORÁ

"El día de la inauguración aparecieron de pronto 12 helicópteros sobre la carretera, que se llenó de gente", manifiesta el pintor. El presidente Luis Herrera Campins lo felicitó personalmente y le entregó un certificado que testimoniaba la participación de un artista costarricense en una empresa que por primera vez se hacía en el mundo.

El proyecto "Museo Vial Renovable Rafael Bogarín" fue una idea muy combatida en Venezuela, pues se pensó que iba a causar más accidentes de los que ya producía la recta ciudad Bolívar — El Tigre.

Pero la exhibición de obras murales más bien se presentó como una posibilidad alternativa al distraer al conductor y no permitir que se durmiera, como así ocurría en la mayoría de las veces.

"Al ver el museo realizado todos los que estuvieron en contra se convencieron", asegura Rafa Fernández.

Todo esto le dio al costarricense una conciencia de artista latinoamericano. Llegó pensando que nadie lo reconocería, a pesar de que ya había hablado con algunos participantes, especialmente los venezolanos.

Sin embargo, la sorpresa se produjo cuando todos lo conocían y admiraban su obra, que se había ido difundiendo durante muchos años sin que él mismo se diera cuenta.

"Siempre he trabajado dentro de mi país con mucho respeto, muy seguro, tratando de divulgar mi pintura y sin rebajarme ante nadie", dice Rafa al explicar que hay varias formas de introducirse en el medio plástico. Una de ellas es por medio de las relaciones amistosas importantes. Otra manera convierte al artista en un arribista, porque se arrastra ante cualquier situación.

De su viaje a Venezuela recobra también "la parte humana de todo esto, la convivencia lograda con 28 artistas y la actitud de aporte y humildad que siempre demostraron. Era un aprendizaje de extraordinario enriquecimiento en todo sentido", dice.

Con su mural, titulado "Ritual", logra que el espectador vea cómo a lo lejos los personajes se van formando y cómo de cerca producen un impacto. La piroxilina le dio posibilidades sorprendentes, "de una calidad muy bella y perdurable", según declara él mismo.

1. Poesía de la decadencia.

Rafa Fernández se considera producto de una generación pasada, heredero del discurso plástico de Max Jiménez, Manuel de la Cruz González y Francisco Amighetti. Después vino la influencia de Rufino Tamayo y Marc Chagall con los cuales "pude construir un soporte y luego un carácter propio, hasta crear mis personajes".

Aclara que las figuras de sus cuadros son un invento suyo y que en el momento de enfrentarse al espacio de la tela los ubica en una situación determinada.

"Son producto de mi vivencia constante, quedan en mi subconsciente y afloran". Agrega que trozos de esos personajes están en su pasado, en su niñez, son tías viejas, damas sin tiempo...

"Yo no hablo ni de patriotismo ni de nacionalidad, sino del sentimiento costarricense, de la seguridad de ser costarricense y del orgullo de serlo. Cuando uno realiza una actividad a conciencia, disciplina férrea, por fuerza, esta constante lo va equiparando a todos los niveles. El hecho de vivir en un país pequeño no limita al ser humano, cuya capacidad de sorpresa le hace vencer las dificultades", dice Rafa Fernández, al explicar su triunfo en el extranjero.

"Es extraordinario y estupendo ser costarricense, porque me tocó estar ubicado en este país y ello determina mi mundo. Si yo no me identifico no tengo conciencia del lugar, estaría inadaptable, desubicado e inseguro. Es esencial, como un cuadro que se presente y no se sabe lo que es".

Describe el acto individual de pintar como una entrada a un plano onírico y poético: "hago poesía de una decadencia". Dice que la atmósfera de sus cuadros es decadente por la sensación a viejo y olvidado que producen.

Aclara que su misión es fabricar un puente entre el espectador y aquella realidad que va más allá de la obra.

"Yo sé lo que dije en un cuadro", dice al explicar que él, como pintor, se expresa en un nivel de discurso plástico. "Ahí la obra se independiza, hasta aquí llego yo".

Desde ese momento la electricidad de la obra se comunica con el espectador, quien se construye su propia historia. Cualquier interpretación es perfectamente válida.

Sus pinturas no pueden tener un carácter obvio, pues las estaría negando. "Si ahora no me entienden lo harán en algún momento. Yo ya cumplí y punto. Eso es lo que a mí me interesa".

"Empiezo a vivir dentro de un espacio, a convivir con mis personajes y se me vuelven muy conocidos. Son viejas damas que me rondan desde mi infancia. Están en el tiempo", y agrega que sus cuadros son un homenaje lírico a la mujer y a su mundo.

La intención que lo lleva a pintar es alcanzar una comunicación a nivel sensorial, que se logra porque el lenguaje plástico es muy hermoso, espiritual y "por lo tanto muy efectivo".

"El momento pleno en que se percibe la libertad se produce en el momento de crear, y dijo lo que en ese instante es mi propia verdad", dice el artista costarricense.

Su obra ha pasado por el proceso lógico de evolución que lo ha llevado a decir más cosas cada vez, porque las verdades se extinguen y nacen otras nuevas.

"Se puede decir tanto por medio del color de evolución que lo arte motiva, sublima, llena espacios vacíos en el hombre;". Asegura que simplemente quiere hacer visible lo que para otros es invisible. No pretende cambiar nada, solamente utiliza el concepto de decadencia para despertar la imaginación.

Se vale de sus propias vivencias para cargar con la visión más alta del artista: ser profeta, fungir como cronista de la historia y servir como agorero de algo que "va más allá, hacia adelante, la evolución".

Habla de las pinturas como centros donde la energía que el autor deposita en ellas se conserva y le evoca cosas extraordinarias de la humanidad.

"El arte es una actitud valerosa, hay que ser muy hombre para pintar, como cualquier trabajador que lucha por la vida sin afectaciones, con un rigor constante, construyendo y creando con mística, y sumergiéndose en su propio mundo, fantasía e imaginación. Todo para producir un objeto para muchos inútil, pero que para el artista es fundamental y para el ser humano sensible es muy importante".

Insiste en que el hombre vive también del espíritu y por ser el arte esencialmente espiritual es tan importante como el pan y la vida.

El arte es universal —dice—, el hombre es mexicano o nicaragüense. Lo interesante de una pintura es que se despersonaliza y adquiere valores propios, ya ni el artista importa, sino que importan ellas.

Rafa Fernández recordó a Rembrandt y se sorprendió de su extraordinaria vigencia en la actualidad: "tiene que haber tenido una energía muy grande para que hayan pasado generaciones y no haya perdido interés".

Advierte que cada autor crea pretendiendo —sin perseguirlo— perpetuarse en el tiempo, y aunque esto sucede muy poco todo pintor consciente tiene, en cierta medida, posibilidad de que le suceda.

Aunque la genialidad es un factor muy importante: la integración de la inteligencia del hombre con su creatividad, espiritualidad, lo material, lo intelectual y la fuerza interior.

"Cada ser humano trabaja incesantemente para conocerse y descubrir sus propias cualidades, y trata de cumplir a cabalidad su paso por este concurso de la creación, pero al final de cuentas el tiempo justifica su trabajo, lo borra o lo eterniza".